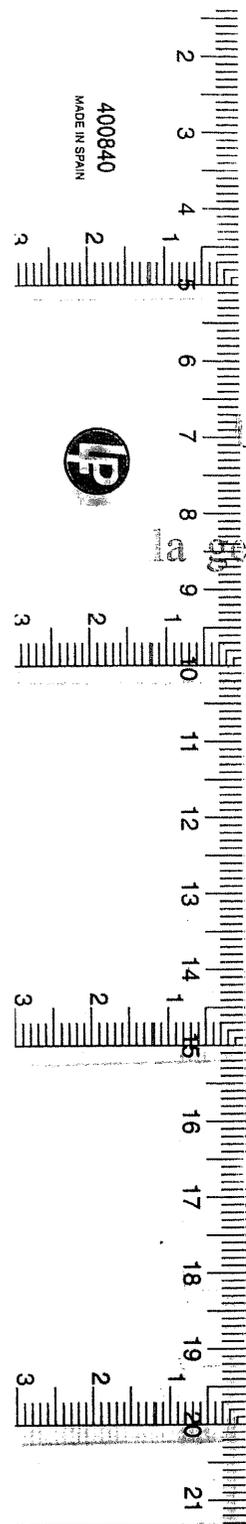


JOSÉ CAZORLA PÉREZ

Un caso de socialización
política colectiva:
la generación de los años treinta



DISCURSO DE APERTURA
UNIVERSIDAD DE GRANADA
CURSO ACADÉMICO 1993-94



JOSÉ CAZORLA PÉREZ

Un caso de socialización
política colectiva:
la generación de los años treinta



DISCURSO DE APERTURA
UNIVERSIDAD DE GRANADA
CURSO ACADÉMICO 1993-94

Un caso de socialización política colectiva:
la generación de los años treinta

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA GRANADA	
N.º Documento	_____
N.º Copia	_____

JOSÉ CAZORLA PÉREZ

Un caso de socialización
política colectiva:
la generación de los años treinta



BIBLIOTECA UNIVERSITARIA	
GRANADA	
N.º Documento	<u>254364</u>
N.º Copia	<u>254571</u>

UNIVERSIDAD DE GRANADA
CURSO ACADÉMICO 1993-94

EXCMO. SR. PRESIDENTE DE LA JUNTA DE ANDALUCÍA
EXCMO. SR. CONSEJERO DE EDUCACIÓN Y CIENCIA
DE LA JUNTA DE ANDALUCÍA,
EXCMO. Y MAGNÍFICO SR. RECTOR DE LA UNIVER-
SIDAD DE GRANADA
EXCMOS. Y MAGNÍFICOS SRES. RECTORES,
EXCMAS. E ILMAS. AUTORIDADES,
SRES. PROFESORES Y ALUMNOS, PERSONAL DE
ADMINISTRACIÓN Y SERVICIOS, SRAS. Y SRES.

Queridos coetáneos, queridos colegas, queridos estudian-
tes, desde la altura de mis seis décadas os contemplo y os
saludo. Que sea por mucho tiempo. Cumpló también hoy 40
años de servicios ininterrumpidos a esta Universidad, lo que
constituye un doble motivo de satisfacción y agradecimiento,
al hacérseme el honor de ofreceros este discurso de apertura.

Es inevitable que los veteranos —y con mayor razón,
cuando nos dedicamos a la enseñanza— intentemos comuni-
car nuestra experiencia a los jóvenes, aunque sin demasiada
confianza en que les sirva de algo, como demuestra la propia
experiencia. Así pues, a la larga, tan responsables somos
nosotros de nuestro presente como sereis vosotros de vuestro
futuro. En todo caso, no olvidéis que *“lo decisivo no es la
edad, sino la educada capacidad para mirar de frente las
realidades de la vida, soportarlas y estar a su altura”* ¹.

1. Weber, Max, en *El político y el científico*, Alianza Editorial, Ma-
drid, 1967, p. 175.

Aunque sea más a título ensayístico que de disertación científica, he considerado preferible dar a esta exposición un contenido más narrativo que solemne. A menudo he comprobado que —como es lógico— el alumno fija en su memoria con mucha más facilidad una anécdota representativa, que la farragosa exposición de diez teorías originales de otros tantos sabios. Lo cual es importante, sobre todo cuando se imparte una ciencia mucho menos precisa que las de la Naturaleza, pero que, en cuanto política, es —o debe ser— tan pragmática o más que cualquier otra. La teoría política —que se contempla y contrasta en el duro espejo de la práctica política— si no se observa además desde una cierta ironía, termina por aburrir o exasperar.

De manera que he decidido contaros —más a efectos recreativos que didácticos— algunos aspectos salientes de lo que fue mi propia experiencia socio-política a lo largo de unos años de juventud, mostrar algo de aquel ambiente y sacar ciertas conclusiones. Creo que un buen comienzo de curso debe tener un componente ceremonioso, pero también ser —con mesura— grato, como en el fondo es la vida universitaria para quienes, seamos estudiantes o profesores, la sentimos con el afecto que se merece, sin aspirar a más. Así es éste, nuestro mundo. La verdad es que si esperásemos provechosos agradecimientos, nos hubiéramos dedicado a lo que los fenicios, quienes —al parecer— no creían en más gratitud que la que se expresaba en metálico.

El hecho es que mis propias vivencias —mi proceso de socialización, incluida la política— han transcurrido entre tres regímenes. El republicano durante mis cinco primeros años de vida. El franquista durante cuatro largas décadas. Y el democrático en los últimos 16 años.

Lo cual me lleva a dedicar estas palabras principalmente a dos sectores actuales muy distintos en edad. En primer lugar a quienes son mis coetáneos, es decir, los aproximadamente tres millones de españoles que, habiendo nacido en la década de los años 30, conviven hoy en paz con los demás. Entre ellos S. M. el Rey, miembro de aquella generación, que también pasó muchos malos tragos durante tantos años, al vivir aquí en un ambiente enrarecido, y a cuyo esfuerzo debemos en buena parte esa paz.

Los españoles que éramos niños en los años 30 tuvimos muy pocas oportunidades para *conocer, comprender y valorar en libertad el sistema político más deseable para el país, y por tanto para nosotros. No muchos tuvieron ocasión de aprender que la única definición de lo legítimo es aquello que el pueblo tiene libertad de elegir con pleno conocimiento.* En todos los casos, carecíamos de la madurez necesaria para decidir qué era preferible. Pero además, la dura propaganda de la época forzó en nuestras mentes —al menos mientras éstas no reaccionaron por sí solas, años después— unos principios entre los que no sólo se ignoraba, sino que se rechazaban la tolerancia, la libertad de elección, el derecho a aspirar a la igualdad y a unos valores comunes de justicia para todas las personas.

Por un lado el revanchismo, por el otro la reacción, chocaron aplastando en medio de ellos a millones de ciudadanos, que sí eran bien conscientes de la necesidad de cambiar la sociedad, pero sin que ello justificase en modo alguno el hacerlo a través de la violencia. Sólo una minoría sacó buen provecho de ello, y esta fue la principal responsable del retroceso histórico que España sufrió durante las cuatro décadas siguientes.

Por eso no es exagerado decir que aquella generación de los treinta pagó un alto precio por su proceso de adaptación a la sociedad. Era demasiado joven para tener sus ideas consolidadas, y cuando ha sido mayor, y ha vivido en democracia, ha tenido que adaptarse nuevamente a unos valores con frecuencia contrapuestos a lo que le enseñaron como deseable, como legítimo, como bueno. La actual generación de jóvenes, a menudo, no es capaz de comprender hasta qué punto sus padres tuvieron y tienen que luchar, conscientemente o no, contra esa dura socialización, cuyo eje era precisamente la intolerancia, la incomprensión, el rechazo de *los otros*, de todos los que no coincidieran con sus creencias.

Ciertas instituciones desempeñaron un papel crucial en este proceso: ante todo, la familia (a través de las vivencias personales), y la enseñanza. En alguna menor proporción, por entonces, los grupos de iguales, la radio, la prensa y el cine. Y desde que la situación lo permitió, las asociaciones. Durante muchos años, hasta finales de los 50, España permaneció, incluso para la mayoría de los universitarios, como un espacio cerrado en sí mismo, aislado de influencias exteriores.

Y quiero dedicar también estas palabras —por el extremo más próximo— a los más o menos 300.000 conciudadanos que nacieron cuando finalizaba la autocracia, y que ahora van a empezar a usar, a sus 18 años recién estrenados, la plenitud de sus derechos en nuestra sociedad. Derechos que ni soñábamos nosotros cuando los cumplimos. Tampoco la gran mayoría de los españoles, que bastante tenían con supervivir en las azarosas condiciones de nuestra postguerra y de la II guerra mundial. Mi homenaje se dirige pues, principalmente, a unos, los veteranos, y a otros, los jóvenes, con quienes tengo el supremo placer de compartir la aventura de la vida.

Mis experiencias políticas se iniciaron muy tempranamente. Vivíamos en la esquina de las calles Duquesa y Málaga, exactamente frente al Jardín Botánico y la Universidad, y las turbulencias de comienzos de 1936 pasaban a oleadas bajo nuestros balcones. Así que mi interés por la Universidad y la política han tenido evidentemente un origen geográfico. En la calle Duquesa se encontraban entonces en curioso contraste, las consultas de varios profesionales prestigiosos, algunas casas de propietarios adinerados, un convento de monjas, la Jefatura de Policía, el Gobierno Civil², y a continuación, en Compás de S. Jerónimo, la Casa del Pueblo.

Es evidente que esa calle constituía un objetivo de primera magnitud para las manifestaciones que, sobre todo desde las elecciones de febrero de 1936, se producían con gran frecuencia. El triunfo del Frente Popular había agitado un caldo reivindicativo que llevaba muchas décadas a punto de hervor. De manera que a mis cinco años de edad, observé con prematuro interés una manifestación de niños que bajo mi balcón pasaban gritando “*¡Queremos maestros laicos!*”.

Yo tenía ya alguna idea de lo que era un maestro, pero ¿qué era un maestro laico? Me imagino las dificultades de mi padre para explicármelo cuando me apresuré a preguntárselo. Una nueva manifestación que recuerdo perfectamente, se componía sólo de mujeres, tal vez de aspecto algo diferente al de la rígida burguesía que habitaba en la calle Duquesa. Estas marchaban al grito (posiblemente de origen anarquista), de “*Hijos sí, maridos no*”. Extraño slogan a los oídos de un

2. Era un viejo caserón, que después fue derribado, reconstruyéndose como ampliación de la Facultad de Ciencias, y pasando más tarde a serlo de Derecho.

retoño de esa misma burguesía. Lo que me llevó a incordiar nuevamente, para que se me explicase cómo podía haber hijos sin padres. Aunque el mío era médico dermatólogo y profesionalmente había visto muchas cosas, me temo que aquel crío empezaba a ponerse tan pesado para él, como lo ha seguido siendo después con otros tenedores del poder.

Del inmediato estallido de la guerra civil, recuerdo la excitante visión de ametralladoras emplazadas en la esquina del Jardín Botánico, las preocupadas conversaciones de mis padres, la continuada escucha de la radio, en la que obsesivamente se repetían las marchas militares, y la plúmbea atmósfera de cerco de los meses de julio y agosto de 1936, perceptible incluso para mí. La llegada de un contingente de tropas regulares marroquíes, en apoyo de la guarnición que implacablemente dirigía Valdés, me resultó una fascinante nota de color. Las señoras se apresuraron a fabricar grandes cantidades de jerseys y gorros de lana, que yo entregaba con visible excitación a los “*moros buenos*” que utilizaban el zaguán bajo de mi casa para hacer el té, durante algún descanso en su marcha. Su aspecto exótico, su lenguaje, los fusiles, sus ropajes, resultaban intimidatorios y a la vez atrayentes. Algo así como tener en el portal a un león amaestrado, pero no del todo.

De su chilaba, que parecía no tener fondo, extraían todos los ingredientes de un maravilloso té con yerbabuena que desde entonces me ha parecido una bebida sin igual. La verdad es que —por lo que supe después— tanta fiereza merecía tan solo una peseta diaria, pagada por el gobierno de Franco, de la que cobraban 50 céntimos por jugarse la vida, y los otros 50 iban a parar al bolsillo del caído de su aduar. Muchos de ellos sirvieron de carne de cañón en las batallas posteriores, especialmente en la del Ebro.

Al producirse en 1937 la toma de Bilbao, oí a mis padres comentar que al término de la consabida manifestación celebrada con tal motivo, había aparecido abandonada alguna prenda íntima femenina. Y, aunque no lo entendí muy bien por entonces, recuerdo el comentario irónico de mi padre, que vino a decir algo así como: “*Parece lógico que en una manifestación patriótica se intente aumentar el número de españoles*”. Pero esta vez no pregunté nada.

Mis recuerdos de la contienda son fragmentarios, aunque me llamó la atención algún diálogo familiar sobre la curiosa manera en que algunos hacían la guerra. Durante casi tres años el frente Norte de Granada quedó fijado en ambos lados de lo que actualmente es el pantano de Cubillas, por entonces una hondonada en tierra de nadie. No hubo allí ninguna batalla, y ambos bandos se disparaban cada mañana un par de morteros para guardar las formas. Eso sí, a la misma hora y previo aviso a los de enfrente de que iban a tirar. Coincidieron allí durante un tiempo varios estudiantes que no mucho después fueron profesores de la Facultad de Derecho, como mi maestro Murillo, Guillermo García Valdecasas y José Moreno Casado. Los acompañaba un joven farmacéutico, oficial de complemento, quien —según se contaba— iba diariamente al frente como el que va a la oficina. Había conseguido que no le requisaran su coche, y hacia las nueve de la mañana aparecía en el paraje del Cubillas conducido por su chófer. Se reunía con los demás oficiales, participaba en las tranquilas tareas “bélicas”, y al anochecer, el coche se presentaba de nuevo a recogerle, regresando a dormir a la ciudad. Una guerra en verdad mucho más cómoda que la que los demás soportaban, aunque algo parecida a la de alguna caricatura contemporánea.

Pero el enfrentamiento tenía un fondo y una forma mucho más duros en la práctica totalidad del país. Jugaban en aquel

momento dos conceptos contrapuestos de legitimidad: la rebelión contra la República de un importante sector de los militares se basaba en valores tradicionales, y en el fondo, en la protección a cualquier precio de una estructura casi estatal de clases sociales. Frente a ellos, el ascenso, desde hacía varias décadas, de movimientos sociales reivindicativos —y a menudo agresivos— que pretendían cambiar de golpe una sociedad extremadamente desigual, siguiendo algunos, ya desde 1917, el mítico modelo de Rusia.

Una estructura desigual sobre todo en las zonas menos desarrolladas del país, como eran, y siguen siendo seis décadas después, las del Este de Andalucía. Se comprende desde esta perspectiva el principio de que cuando la rebelión triunfa, es legalidad; en cambio la legalidad es rebelión cuando pierde. Los que perdieron en 1939 fueron juzgados literalmente como rebeldes. Lo cual coincide con esa frase de Garaudy que advierte: *“La fuerza se denomina violencia cuando viene de los de abajo; pero orden cuando viene de los de arriba”*.

Como filósofos, sociólogos y psicólogos han demostrado, la fuerza se puede utilizar de muchas maneras. La presión que en las escuelas de la época se ejercía sobre las mentes infantiles, bajo un régimen por entonces más nacional-católico que nunca, y que intentaba extirpar las raíces del liberalismo republicano, es hoy no ya difícil de comprender, sino incluso de expresar. Tanto en los colegios *“de pago”*, generalmente de órdenes religiosas, como en las escuelas públicas, una estricta consigna se imponía, a menudo bajo el lema general de *“Por el Imperio hacia Dios”*. La verdad es que quisieron construir un Imperio y les salió de cartón-piedra.

Los ejemplos son innumerables, y desearía dedicar una particular atención aquí a la influencia de los textos escolares.

Uno de los más inefables de la época es el *“Catecismo patriótico español”*, de Menéndez Reigada³, que desde 1939 hasta bien entrados los años 50 se usó profusamente en escuelas públicas y colegios privados del país. El tipo de socialización política que introducía encajaba perfectamente con los propósitos del régimen, aunque a veces llegaba a extremos pintorescos, como puede apreciarse en algunos de sus textos.

Así, en el *“diálogo”* entre maestro y alumno, característico de los catecismos desde hacía más de un siglo, se partía en él de un principio increíblemente etnocentrista. Ante la pregunta, *“¿Cuál es la tierra de España?”*, se afirmaba, *“La tierra de España es la mayor parte de la Península Ibérica, colocada providencialmente por Dios en el centro del mundo. —¿Cómo es la Península Ibérica el centro del mundo?” — La Península Ibérica es el centro del mundo porque tiene en torno suyo a sus cuatro grandes partes, a saber: al Norte, Europa, con la que limita por los Pirineos; al Sur, África, con la que limita por Melilla y Ceuta; al Este, Asia, con la que nos une el Mediterráneo; y al Oeste, América, con la que nos une el Atlántico”*.

Una muestra más de este patriótico autor la tenemos cuando el diálogo continuaba en los siguientes términos: *“¿Significaba el protestantismo un peligro para la civilización cristiana? — Sí, pues ...fue la primera premisa del racionalismo del siglo XVIII, de la revolución liberal y finalmente de la revolución actual marxista-bolchevique.— Pues, ¿cómo es entonces que los países protestantes son los más adelantados?—*

3. Menéndez Reigada, A., *Catecismo patriótico español*, Edit. FIDE, Salamanca, 1939. Este fraile dominico llegó a ser nombrado algunos años después obispo de Córdoba.

Los países protestantes son los más adelantados con un adelanto parcial, unilateral y morboso, que lleva fatalmente en germen la catástrofe que en la actualidad a todos amenaza... También (amenaza) a los católicos por haber aceptado como sistema de gobierno el liberalismo racionalista y democrático, que es una actitud mental derivada del protestantismo"⁴. De este modo seguía durante 58 páginas.

Aquella escuela recuperaba las normas de otra, en la que, como años antes dijo Blas Infante, *"aprendíamos a callar, sin entender"*. De los años 40 era también otra Cartilla, de una conocida orden de educadores⁵, en la que sólo se hablaba de acontecimientos bélicos o religiosos. Jamás se mencionaban los de orden cultural, social o artístico. Se incluían en ella curiosos paralelismos (aunque no explícitos), entre otros, por ejemplo, la supuesta intervención del apóstol Santiago en la batalla de Clavijo⁶.

En el habitual intento del régimen por reforzar los valores tradicionales, se aseguraba en esta Cartilla que *"el reinado de los Reyes Católicos es el más glorioso de nuestra Historia. Los hechos más notables son: el establecimiento de la Inquisición, la conquista de Granada, la unión de Navarra a Castilla y Aragón, el descubrimiento de América y las conquistas de África. —¿Qué era la Inquisición?— Un tribunal*

4. *Ibíd.*, pp. 17 y 18.

5. *Cartilla moderna de Historia de España*, Editorial Luis Vives, mayo de 1939.

6. Casos "históricos" similares son conocidos, como el "precedente" de la llegada de Castor y Polux en 449 a. de C., también sobre blancos caballos, quienes "decidieron" la batalla del lago Regilo en favor del dictador Postumio, según Cicerón. Véase Américo Castro, *La realidad histórica de España*, Ed. Porrúa, México, 1962, pag. 331.

creado a petición de los españoles para impedir la propagación de doctrinas contrarias a la enseñanza de la Iglesia". Un ingenuo pensaría que este era el primer referéndum democrático de la Historia.

Pero el solapado racismo contagiado de los regímenes protectores, alemán e italiano, mostraba su fea catadura en otra pregunta del mismo libro: *"¿Por qué fueron expulsados de España los judíos?— Porque constituían el único elemento opuesto a la unidad religiosa, y porque habían cometido y continuamente cometían horribles crímenes"*.

Otros textos de la época reforzaban la socialización racista al señalar, por ejemplo, que *"...Los judíos se dedicaban especialmente al comercio y la usura, y en secreto trataban de propagar su falsa religión. En varias ocasiones habían martirizado niños cristianos con horribles suplicios. Por todo eso, el pueblo les odiaba"*. *"Las enseñanzas del Talmud, de una inmoralidad brutal en lo que a los cristianos se refiere, explican de alguna manera esa mentalidad sádica que les ha llevado antiguamente, y aún hoy día, como se ve por el comunismo, a promover las catástrofes más bárbaras de la Humanidad"*. *"Lo que España castigaba no era la raza ni la sangre: era el delito religioso y político de los que atacaban nuestra Fe, base de nuestra Patria"*⁷.

Tampoco el Islam salía mejor parado, a pesar del Protectorado en Marruecos y las alianzas bélicas. Según otro ma-

7. Frases procedentes respectivamente del Instituto de España, en el *Manual de Historia de España. Primer Grado*, Aldus, Santander 1939. De E. Herrera Oria, *Historia de la educación española*, Ed. Véritas, Madrid, 1941, y de J. M^a Pemán, *La Historia de España contada con sencillez*, Escelicer S. L., Cádiz-Madrid, 1939, Tomo I.

nual de la época⁸, “*el mahometismo es una religión asentada sobre estos dos groseros pilares: en esta vida, la guerra ('Matad a los infieles donde los encontréis', fue una orden de Mahoma); y en la otra vida un paraíso de deleites sensuales*”.

Todo lo cual justificaba lo que “*nosotros*”, los “*buenos*”, en definitiva los vencedores, estábamos cometiendo en aquel mismo momento. En verdad, como dijo Pedro de Espinosa, ya en 1627, “*en la guerra civil todas las cosas serán desdichadas; pero ninguna tanto como la victoria*”. Las consecuencias de esa victoria las pagábamos casi todos los españoles, y de muchas maneras, incluso la mayoría de aquellos a quienes el destino nos había situado en el bando vencedor.

Numerosos fueron entonces los que, tras favorecer la introducción de la dictadura, se sorprendieron dolorosamente poco después de sus consecuencias. Y es que —como dijo Manuel Azaña y la Historia tantas veces ha demostrado, incluso recientemente— lo más difícil para un hombre de gobierno, es saber administrar bien una victoria.

El propósito de lograr una socialización sobre una base homogénea afín a los valores preconizados por el régimen, alcanzaba por supuesto a la Universidad misma. Y así, en el discurso de apertura de octubre de 1940, el ministro de Educación Nacional dijo: “*Queremos una Universidad nacional subyugada con fuerte disciplina a los intereses materiales y morales de la Patria... Haremos que un mismo pensamien-*

8. A. Serrano de Haro, *Cristo es la verdad*, Ed. Escuela Española, Madrid, 1941.

to y una misma voluntad sean nota común de los afanes del profesorado”⁹.

El profesor Cámara, en su interesante y minucioso libro publicado sobre las connotaciones de la enseñanza escolar hasta bien entrados los años 50, presenta innumerables ejemplos de la exaltación del nacionalismo que en aquel tiempo se hacía, de la identificación de lo español con lo católico, de la concepción corporativista y jerárquico-autoritaria de la realidad y de los “*antis*” (antiliberalismo, anticomunismo, etc.), que constituyeron la médula de la ideología del régimen hasta sus últimos momentos¹⁰.

Toda una variedad de fuentes atestiguan durante varias décadas esta visión nacional-católica de la vida, que sólo comenzó a cambiar a partir de los años 60, cuando la incorporación del país a la oleada del consumismo prevaleciente en los países occidentales, obligó a sustituir la vieja legitimación religiosa por otra más actualizada. Pero el hecho es que durante más de dos décadas, se presentaron a los españoles como axiomáticos, principios tales como “*es un absurdo pensar o decir que todas las religiones son verdaderas. La verdad es sólo una*”... “*El alma española es naturalmente católica*”. Se mitificaba también la rigurosa moral externa de la época recurriendo a curiosos casos “*históricos*”. De manera

9. Véase Alba Tercedor, C., “Las agencias de socialización política”, en *Rev. de Estudios Sociales*, nº 3, Septbre.-Dicbre 1971.

10. Véase Cámara, G., *Nacional-catolicismo y Escuela. La socialización política del franquismo (1936-1951)*. Ed. Hesperia, Jaén, 1984 (Prólogo de J. Cazorla). En su versión original, la obra de Cámara fue una tesis doctoral defendida en el Departamento de Derecho Político de la Universidad de Granada, y dirigida por J. Cazorla.

que se llegó a decir "...las mujeres iberas llevaban sobre la cabeza un aro de hierro que servía para echar sobre él un velo, con el que a menudo se cubrían la cara. La misma Dama de Elche aparece con la cara y el cuello pudorosamente cubierto de paños. Parece que las primitivas mujeres españolas estaban nada más que esperando que se levantara la primera Iglesia de Cristo, preparadas ya con sus tocas para asistir a la primera misa". La apología del poder absoluto intentaba encontrar símiles históricos que la legitimaran, sobre todo mostrando las pugnas entre reyes y nobles, que "debilitaban el mando supremo". Así se recurría a ejemplos como Alfonso III y Pedro IV, cuya energía frente a la "díscola nobleza" se alababa. Y se añadía: "*Felipe II fue el modelo supremo de mando fuerte y único, del poder absoluto, frente a una Europa que vivía todavía un poco en la división y anarquía de la Edad Media... En sus manos, la Inquisición sirvió más que nunca al interés nacional de mantener una fuerte unidad de pensamiento*"¹¹.

Lo cual, al cabo de los siglos, coincidía con la idea contenida en una frase que el general Franco repitió en muchos de sus discursos: "*Nosotros traemos un régimen en el que lo social se funde con lo nacional, bajo el signo de lo espiritual*". Síntesis, que a fuer de milagrosa, no pasaba de la mera retórica.

La colonización de América se contemplaba también de una manera muy peculiar. "*España fue al Nuevo Mundo, no con afán de lucro ni espíritu vil de explotación, como otras naciones. Fue a ganar para Dios las almas de los indios, a*

11. Ambas frases son de Pemán, J. M., en *La Historia de España contada con sencillez*, cit. por Cámara.

enseñarles la fe, a transfundirles la sangre, a dejarles en herencia la religión cristiana que los liberara de sus bárbaras supersticiones. Tal significación excelsa entrañó el imperio hispano, concebido sobre una idea religiosa y hecho realidad, martilleando la herejía y civilizando razas salvajes. El Imperio fue para la Cruz"¹².

La más apropiada síntesis del pensamiento nacional-católico largamente impuesto a millones de personas, tal vez la encontremos en la siguiente definición:

*"España ha sido,
Tierra de mártires.
Tierra de Santos.
Tierra de héroes.
Maestra de la Fe.
Apologista de la Fe.
Martillo de herejes.
Luz de la fe.
Brazo armado de la Cristiandad.
Misionera de la Fe"*¹³

La ideología autoritaria que se introducía en las mentes juveniles desde la escuela no se andaba con tapujos, al menos en las dos primeras décadas del régimen. Veamos algún ejemplo: "*Es necesario que en toda nación haya un orden, una disciplina, una ley; uno que mande y otros que obedezcan... España es un Estado totalitario: un solo Jefe, un solo mando, una sola obediencia. Antes España era una anarquía.*

12. Luis Ortiz Muñoz, *Glorias imperiales*, cit. por Cámara.

13. Revista *Mandos del Frente de Juventudes*, cit. por Cámara.

Hoy es un Estado ordenado, disciplinado y ejemplar... Nosotros, los subordinados, no tenemos más misión que obedecer. Quien manda sabe lo que hace y por qué lo hace. Es más difícil mandar que obedecer. El que obedece no se equivoca nunca. Los españoles tenemos la obligación de acostumbrarnos a la santa obediencia". Con objeto de reforzar la supuesta legitimidad del régimen, se introducían en la mente del escolar sofismas como el siguiente: "*Los demófilos son los amantes del pueblo. Los demócratas son los partidarios de que sea el pueblo el que gobierne. Se puede ser demófilo y no ser demócrata; es decir, se puede amar al pueblo, y no ser partidario de que estén en sus manos las altas jerarquías del mando de la nación*"¹⁴.

Como se puede apreciar, aquel sistema partía de una visión cuartelera de la vida y la sociedad, a semejanza de la de su fundador. El Derecho se contemplaba en su "plenitud" cuando se daba un bando declarando el estado de guerra. Se toleraban como cosa normal los chanchullos de quienes llevaban la "Intendencia"; los españoles eran tratados como reclutas pobres y analfabetos, como en realidad habitualmente se les había hecho; el Gobierno y el Mando se identificaban como una misma cosa; en cuanto a la información, sólo el Mando tenía derecho a ella, lo que le "legitimaba" en sus decisiones. Por lo que se refiere a la iglesia, no había problema mientras actuara siguiendo el ejemplo de los curas castrenses.

Los conceptos de liberalismo y democracia han ido unidos durante tanto tiempo, que los ideólogos de la enseñanza en el

14. Ambos párrafos proceden del texto de Hijos de Santiago Rodríguez, *Así quiero ser (El niño del Nuevo Estado)*, cit. por Cámara.

franquismo se sintieron en la necesidad de mostrar su "verdadero" sentido. Y así encontramos un párrafo antológico que se comenta por sí solo. "*Se designa con el nombre de liberalismo el sistema naturalista y ateo de gobernar a los hombres por medio de representaciones democráticas. La acción del liberalismo es destruir las instituciones y costumbres de signo cristiano, tanto en la vida social como en la política*".

Y para redondear el tema, y terminar de poner en su sitio la institución básica de los sistemas democráticos, los mismos autores añaden: "*El Parlamento es asilo de presidiables, ladronera de piratas, cuya colaboración al Gobierno es canjeada por patentes de corso contra el país. Institución corrompida y corruptora, porque necesita salir cada día a corromper la masa social para vivir y para mantenerse en la corrupción. Bajo su égida, con sus ejemplos y con sus agentes, se ha llevado a cabo la disolución del alma española*"¹⁵. Si tenemos en cuenta que este tipo de textos eran los exigidos en las oposiciones a ingreso en el Magisterio nacional, podemos hacernos una lejana idea de lo que se explicaba en todos los centros, privados o públicos, a aquella sufrida generación de niños y jóvenes españoles. Cualquier disidente tenía que ser olvidado. Y así, hasta bien entrados los años 50, se ignoró en todos los textos de literatura escolar cualquier alusión a las figuras insignes de García Lorca, los Machado, Miguel Hernández y Alberti.

En definitiva, se insistía, "*el fascismo (como dijo Mussolini en diversas ocasiones), es ley moral que liga al hombre*

15. García Hoz, V., y otros, *Contestaciones al cuestionario oficial de las oposiciones a ingreso en el Magisterio nacional*, cit. por Cámara.

a una Tradición; es 'alzamiento espiritual'; es 'Tradición': la mayor fuerza espiritual de los pueblos... Europa, después de un camino redondo de desengaños, venía a encontrarse en el punto de partida donde España se había parado hace siglos"¹⁶.

En verdad que la Historia se paró aquí por lo menos durante casi cuatro décadas. Prueba de ello es que encontramos abundantes ejemplos de esta misma manipulación de la educación muchos años más tarde. Los textos que hemos visto son muestra de los que socializaron a los escolares españoles hasta comienzos de los años 50. Con algo más de disimulo, pero con el mismo fondo y parecida forma, continuaron aplicándose masivamente en la enseñanza del país todavía hasta mediados de los años 70, en una especie de "túnel del tiempo". Como si este no hubiese transcurrido, y una nueva generación de españoles, para quienes la guerra civil era ya algo remoto, no se encontrase presente.

Por citar un solo texto más, pero ahora de 1976, observamos aún una visión etnocentrista de la Historia, al afirmarse por ejemplo que "*las proezas mayores del mundo las hicieron los españoles al descubrir y conquistar América... En nuestro tiempo destacan las figuras del General Moscardó y el Generalísimo Franco... (el cual) murió el 20 de noviembre de 1975, después de casi 40 años al servicio de la unidad, grandeza y libertad de España*". También se refuerza la creencia en la imprescindibilidad de un héroe, salvador individual de la Patria, incluso ya muerto, cuando se añadía, "...de

16. Pemán, J. M., *La Historia de España contada con sencillez*, cit. por Cámara.

todo este caos (en la II República), nos sacó el general Franco, que al vencer a los enemigos de España, nos dio la posibilidad de continuar nuestra Historia, y seguir defendiendo la civilización de Occidente"¹⁷. En definitiva, se entendía la Historia como un acto de jactancia, no —como debe ser— un examen de conciencia.

De manera que durante cuarenta años se mantuvieron la presión sin pausa y el fraude intelectual, afectando a tres generaciones de españoles: los anteriores a los años treinta, casi todos adultos ya en esa época, los nacidos en los años treinta, y los hijos de éstos, nacidos en los sesenta. Es inevitable deducir que las consecuencias de este largo proceso de socialización se mantienen todavía en muchas de nuestras reacciones, en la mayoría de los casos, a partir de un nivel subconsciente. El hecho, por citar uno solo, de que según diversas encuestas, y frente a lo que opinan otros muchos europeos, los españoles no situemos hoy en primer lugar a la honradez como cualidad deseable en los políticos, puede tener algo que ver con esta herencia de la cultura política del franquismo¹⁸.

El autoritarismo se manifestaba, además de en el adoctrinamiento formal, en el ritual escolar: cada mañana cantábamos ante las banderas el "*Cara al sol*". Y dos veces por

17. Guelbenzu, B., y otros, *Vida social, Geografía e Historia*, Edit. S. Rodríguez, Burgos, 1976, 7ª edición, utilizado en muchos colegios privados en 5º curso de EGB.

18. Puede verse al respecto, Cazorla, J., "The Theory and Reality of the Authoritarian Regime, Thirty Years Later", en el libro colectivo, coordinado por Gunther, R., *Politics, Society and Democracy. The Case of Spain*, Westview Press, Boulder, S. Francisco, Oxford, 1993, capit. 5.

semana hacíamos, además de gimnasia, IPS (Instrucción premilitar superior), que supuestamente nos preparaba para hacer frente a los “enemigos de España”, los cuales podían atacar en cualquier momento. Era la época del total aislamiento diplomático del país, iniciado desde 1945, cuando se produjo la derrota de las potencias del Eje.

Así que a algunos se nos ofreció la oportunidad de empezar a “servir a la Patria”, entregándonos ocasionalmente a prueba, el mando de la formación de unos 300 colegiales que, bajo las órdenes correspondientes, evolucionaban en los amplios patios del Centro. En ciertos casos —como el mío— la cosa dio poco resultado. Mi falta de interés por los temas castrenses, hizo que una parte de la formación terminase por chocar contra una tapia del recinto, mientras otra se perdía por los campos próximos. A partir de entonces, nadie volvió a ofrecerme mando (más o menos) militar alguno.

El autoritarismo se manifestaba por supuesto también en el nivel universitario. Cuando en 1948 entré en la Facultad de Derecho, todavía se respondía “servidor” al pasar lista el profesor. (Un cuarto de siglo después, los profesores eran sometidos a su vez por los alumnos a “juicios críticos”, en una típica reacción pendular). Pero la rígida disciplina del sistema alcanzaba en ocasiones dimensiones grotescas: un alumno de Derecho, hoy catedrático de Universidad, fue obligado —todavía a mediados de los años 60— a examinarse de Gimnasia *oralmente*. En vista de sus escasas dotes atléticas (o su falta de voluntad), tuvo que aprenderse de memoria una inacabable serie de marcas de toda clase de pruebas olímpicas. Sólo entonces obtuvo su título de licenciado.

No menos cierto es que todavía en los años 50, se imponía un duro clasismo en la enseñanza. Así, las alumnas “gratui-

tas” de un conocido Colegio de Granada entraban aún a él por un portal diferente del de las “de pago”. Es más, sus uniformes eran distintos de los de éstas. Cuando en esos mismos años, participé como miembro de la Tuna de Granada en una velada musical, en un prestigioso Colegio masculino de Málaga, me asombró observar que la rigidez disciplinaria era tal, que los aplausos de los alumnos empezaban y se cortaban en seco a una señal del Prefecto presente¹⁹.

Las lecturas que se ponían al alcance de los niños y jóvenes durante las tres primeras décadas del franquismo merecen algún comentario. Me refiero no sólo a las que —como ya he dicho— se hacían en colegios privados y escuelas, sino a las de entretenimiento, es decir, historietas, cuentos, tebeos y dibujos de aventuras. También estas lecturas tuvieron y tienen una influencia muy importante en el proceso de formación de nuestra personalidad. Como producto destinado a un considerable consumo, los dibujantes y guionistas tenían que atenerse a los principios del régimen. Lo que explica por ejemplo, la prohibición —hasta los años 60— de toda publicación del personaje “Superman”, al considerar la censura que sus hazañas excedían las de una persona “normal”, y se aproximaban peligrosamente a la taumaturgia. La cual quedaba reservada en exclusiva a quienes han alcanzado la dignidad de la santidad, reconocida por la iglesia.

Por el contrario, en la popular serie de “*El guerrero del antifaz*”, se introducía un esquema detractor de las formas de

19. Son numerosas las publicaciones con recuerdos de la estricta rigidez e incompreensión de los Colegios privados dirigidos por religiosos, incluso desde finales del siglo pasado. Así por ejemplo, la crítica a los Agustinos contenida en alguno de los escritos de Manuel Azaña, o la obra “*A.M.D.G.*”, de Pérez de Ayala.

cultura que la Reconquista venía a sustituir. Y así se presentaba a los musulmanes como “invasores”, elementos perturbadores de un orden establecido y portadores de un legado cultural de signo bárbaro, que contrastaba con la perfección y mitificación del héroe castellano²⁰.

Los protagonistas de los tebeos eran adaptados a las conveniencias ideológicas y exaltación del régimen, sin el menor escrúpulo. En la versión española de “Dan Dare” (“Diego Valor”), todos los personajes se convierten en españoles, y el astródromo sideral de la Tierra aparece “trasladado” a Alcalá de Henares. A Flash Gordon se le presentaba como originalmente “comisario de policía”. Incluso los dibujos eran modificados hasta extremos ridículos. Así, la minifalda del hada Campanilla, en la versión de comic, se alargó pudorosamente para no perturbar a los adolescentes. También los diálogos se cambiaban con gran frecuencia. En unos dibujos de Falk Barry, aparece una chica sola en un bar de la playa, que en la versión norteamericana está pensando: *“Estoy atrapada aquí. No hay hombres atractivos solteros... ¿Por qué no he de conocer a un hombre misterioso, maravilloso y excitante?”*. Pero en la “traducción” española, aparte de “arreglarle” el escote, lo que reflexiona es: *“Estoy aburrida aquí, sola, sin amigas, sin un cine ni un teatro... ¡Cuánto me acuerdo de mi colegio!”*²¹.

Se suponía que “los antros de la masonería querían destruir el pudor de la mujer”, por lo que una pastoral del

20. Véase por ejemplo, uno de los primeros y más inteligentes comentarios sobre la influencia política de los tebeos en el libro de Terenci Moix *Los comics*.

21. Seleccionado de un artículo de Fernández Larrondo, F., “40 años de censura infantil”, en la Revista *Ciudadano*, 1 de junio de 1976.

cardenal Pla y Deniel estableció que a partir de los 12 años las niñas tenían que llevar mangas hasta el codo, faldas hasta la rodilla, y ni siquiera en la playa los niños podían llevar los muslos desnudos. En los baños de El Carmen de Málaga, por ejemplo, la separación de sexos, mediante una alta valla de madera, fue extraordinariamente rigurosa hasta los años 60.

La pervivencia de una estricta división de clases sociales, o sea, de mantenimiento de la desigualdad, era tema usual de las lecturas de la época, sobre el supuesto principio cristiano de que es preciso conformarse con la suerte que le ha tocado a uno en este mundo, y así se verá recompensado en el otro. Una excelente expresión de esta ideología se encuentra en el lema expresado por Concepción Arenal: *“Caridad y abnegación en el patrono, y paciencia y resignación en el obrero”*. El ideal de una sociedad sin conflictos; cada cual en “su sitio”. Pero mucha gente venía desde largo tiempo cuestionando de qué autoridad procedía ese principio.

Entre las mencionadas lecturas se encuentran algunas, todavía de los años 50, en que se habla de las limosnas que deben dar las familias “piadosas y acomodadas españolas”, que suelen repartir en un día y hora señalados. *“Un mayordomo o criado más antiguo de la casa lleva en su mano un capacito lleno de calderilla”*, que reparte a la cola de pobres. Lo malo es que la mayor parte de éstos *“invierten en satisfacer sus vicios”* las monedas recibidas. Y añade el autor: *“No exagero, pocos segundos después, aquellos ochavos se han convertido en cigarros, vino, aguardiente, azúcar y chocolate”* (con lo cual se daba por supuesto todavía que el azúcar y el chocolate eran “vicios”). Por tanto, lo que había que hacer no era dar dinero a los pobres, sino que la verdadera limosna era otra. La señora de la casa salía a la plaza del pueblo y *“tras ella venía una criada con una cesta, llena de*

grandes pedazos de pan... Al ver a su señora, los pobres se descubren con respeto y la rodean, dándole entre dientes los buenos días". Juntos rezan el Ángelus y la señora les reparte el pan, con lo que se evita todo mal²².

La caridad, pues, se ejercía con gran prudencia. Si muchas personas pudientes eran tacañas consigo mismas y con su propia familia, ¿cómo no se iba a restringir la generosidad para con los pobres? Tal vez pensando en esta capa social, Antonio Gala ingenió su frase de que cuando en Andalucía se le da un trozo de jamón a un pobre, o el pobre o el jamón están malísimos. En "los años del hambre", algunos propietarios —sobre todo en el Sur— se enriquecieron con la venta clandestina de cereales y aceite. Rara vez invirtieron sus ganancias en mejorar sus fincas. ¿Para qué? Tenían a su disposición toda la mano de obra barata que pudieran desear. Sus grandes beneficios se invirtieron, no en modernizar sus propiedades, sino en la compra de nuevos fundos, en la adquisición de valores en empresas no andaluzas²³, en títulos de la Deuda al 4%, e incluso en depósitos en cuentas corrientes al 0,5 %. La concentración de capital era extraordinaria. Hacia el final de la década de 1950, tan sólo 130 españoles,

22. Procedente de *Lecturas graduadas* de Edit. Edelvives, 1950, cit. por Amando de Miguel. Una conocida asociación benéfico-religiosa femenina exigía a "sus pobres" la asistencia a la misa dominical, y sólo terminada ésta les entregaba una moneda de cinco pts., y a veces ropa usada.

23. Cuando Naguib nacionalizó en 1956 el Canal de Suez, se supo en Granada que alguna familia muy pudiente se encontraba entre las afectadas. Disponía de grandes fincas en la provincia, pero no había invertido durante décadas ni un céntimo en empresas industriales o de servicios que contribuyeran a su modernización. A este respecto, los ejemplos son innumerables.

a través de la Banca privada, controlaban 745 empresas con 106.000 millones de pts. de capital desembolsado²⁴.

No es este el lugar de describir las dificultades, simplemente para sobrevivir, durante casi toda la década de 1940, de la clase obrera. Pudientes y trabajadores estaban convencidos de que el mundo se dividía en clases, pero, dadas las circunstancias, unos se aguantaban y otros se aprovechaban. Los pobres que no protestan son sin duda los más cómodos²⁵. Todos fingían creer que lo falso era cierto, porque así lo imponía una doctrina imposible de desarrollar, y algunos eclesiásticos que a menudo preferían cerrar los ojos ante la injusticia y la explotación, para mantener sus privilegios²⁶.

En cuanto a la clase media tradicional, también pasó muchos apuros. Como tantas otras veces ha ocurrido, había un riguroso control para los menos pudientes y ninguno para los que estafaban al país. Así, en los fieltos a la entrada de la ciudad se inspeccionaban coches, autobuses y tranvías. Un espectáculo diario era el ver a docenas de personas saltar de los trenes, cuando estos aflojaban la marcha cerca de la esta-

24. Véase el libro de Abella, R., *Por el Imperio hacia Dios*, Planeta, Barcelona, 1978, p. 314.

25. En 1939 se difundió una anécdota tragicómica, significativa del rigor con que se interpretaba la simbología del régimen. Un modesto carbonero puso un letrero a la puerta de su establecimiento en el que decía *Se acabó el carbón. III Año Triunfal*. Fue detenido por presunta burla a la autoridad, y se decía que pasó varios meses en la cárcel.

26. Véase Chueca, R., *El Fascismo en los comienzos del régimen de Franco*, CIS, Madrid, 1983. También, Cazorla, J., "Las relaciones entre los sistemas eclesial, social y político en la España contemporánea: un esquema interpretativo", en el libro colectivo coord. por Fraga, Velarde y Del Campo, *La España de los años 70*, vol. III, capit. IV, Ed. Moneda y Crédito, Madrid, 1974.

ción, y escabullirse por los alrededores, portando bultos con los más variados géneros alimenticios. El ingenio que aquí se ponía en juego era digno del mítico empresario centroeuropeo exaltado por Max Weber. En una ocasión, viniendo con mi madre en el tranvía de Dúrcal, el empleado del fielato le preguntó qué traía en aquella voluminosa maleta. “Libros”, respondió ella con toda tranquilidad. “Pues, por el olor a chorizo, deben ser libros de cocina”, respondió comprensivo el aduanero, y continuó su marcha.

La represión-coacción era en aquellos años no sólo político-ideológica, sino permanentemente psicológica. Seguía habiendo dos Españas, pero una de ellas estaba acallada. A los escolares y a los jóvenes se nos presentaba una religión de temor, represiva, de ejercicios espirituales —obligados, por supuesto— en iglesias oscurecidas a propósito, con tétricas descripciones de las penas del infierno y con la obsesiva dialéctica prohibición-atracción de todo lo sexual. En los colegios religiosos, la confesión y la comunión eran también obligatorias. El que no lo hacía, demostraba estar en pecado, con lo cual se provocaba precisamente lo que se trataba de evitar.

Era aquella una Granada con procesiones casi cada semana, con una constante danza de imágenes religiosas por las calles, en desfiles en los que raramente se veía a algún obrero. Los “rosarios de la aurora”, que despertaban a fieles e infieles con estentóreos cánticos, y que eran calificados como “*expresiones de acendrada religiosidad*”, contribuían bien poco a la paz de los cuerpos ni de las almas. Era, en suma, una sociedad en que, como Linz y yo dijimos en otro momento, “*la respetabilidad social exigía la práctica religiosa*”²⁷.

27. Linz, J. J. y Cazorla, J., “Religiosidad y estructura social en Andalucía: la práctica religiosa”, en *Anales de Sociología*, nº 4, 1968.

Un empresario, un profesional, o una persona con un papel medianamente destacado en la sociedad tenían el deber impuesto por la hipocresía de las circunstancias de aparentar unas creencias, de las que su conocimiento y sus hechos a menudo se encontraban muy lejos. La comunión diaria garantizaba con frecuencia tal respetabilidad, que fácilmente se convertía en un peldaño hacia el poder económico y aún político.

En aquella época, en que muchos pasaban hambre, la constante diatriba desde los púlpitos no se dirigía contra las causas de la desigualdad humana y la necesidad de corregirlas. Se olvidaba totalmente el texto sobre el camello, el rico y el ojo de la aguja, texto que no procedía precisamente de Carlos Marx. Las invectivas se dirigían de modo casi exclusivo contra todo lo que remotamente afectase a las más estrictas interpretaciones del sexto mandamiento. Recuerdo haber oído a algún predicador gritar con acento apocalíptico: “*Cuando paso por la puerta de un cine, me parece que atravieso frente a la boca del infierno*”.

Un conocido clérigo, el padre Ayala, no vaciló en dogmatizar: “*El cine es la calamidad más grande que ha caído desde Adán acá. Más calamidad que el Diluvio universal, que la guerra europea, que la guerra mundial y que la bomba atómica*”²⁸. Verdaderamente, pocas tentaciones podía inspirar aquel cine. Pero el nivel de represión era tan grande que incluso imaginábamos escenas que nunca existieron.

La obsesión de la censura ante estas expresiones de lo que se consideraba la “moral pública”, llevó a algún alto eclesiás-

28. Según Abella, cit., p. 153.

tico a decretar incomprensiblemente excomunión en la archidiócesis de Granada, contra todo asistente a la película de Greta Garbo "*María Walewska*". Otro escándalo se organizó poco después con la exhibición de "*Gilda*". Y tal vez los censores alcanzaron el ápice de su gloria, cuando en el doblaje de "*Mogambo*" convirtieron a los protagonistas en hermanos, en lugar de matrimonio, para evitar toda sospecha de adulterio. En este país no podían ocurrir tales cosas, ni siquiera en la ficción del cine. La mejor definición de lo que era el cine español por entonces, la dio Bardem en 1956, al decir: "*El cine que se hace hoy aquí es políticamente ineficaz, socialmente falso, industrialmente raquítico, artísticamente insignificante, e intelectualmente infimo*"²⁹.

La capacidad de presión y la importancia social de la jerarquía eclesiástica eran tales, que cuando se abrió a comienzos de los años 50 la nueva carretera por el Suspiro del Moro a Almuñécar, un periódico local encabezó en primera página la noticia diciendo: "*El Sr. Arzobispo inauguró la nueva carretera a la Costa*". Y en páginas interiores, la información continuaba simplemente bajo el título "*El Sr. Arzobispo...*". Era aquella una Granada en que, junto a uno de los escasos coches de la ciudad, y desde luego el más imponente, regalado al prelado por sus anteriores fieles —no se sabe si como gesto de despedida o de alivio—, circulaba por las calles un frailecico humilde, insignificante, de rostro bondadoso. Era fray Leopoldo de Alpandere, que ha merecido la devoción de muchos y el respeto de todos por su práctica diaria, justo en aquella tan desigual Granada, de los principios de la caridad cristiana y el amor al prójimo.

29. Palabras pronunciadas en las "*I Conversaciones de Salamanca sobre Cine Español*".

Hoy, las situaciones, escritos y personajes que he mencionado pueden parecer irreales, incluso a veces caricaturescos, pero lo cierto es que, a lo largo de tantos años, constituyeron una trágica, y pocas veces cómica realidad, marcando las vivencias de millones de españoles, muchos de ellos todavía hoy jóvenes.

Es obvio que actualmente nos encontramos en una sociedad muy distinta. Incluso ya lo era cuando de hecho feneció el régimen, en 1975. Pero, ¿cómo se explica que una estricta socialización en valores autoritarios, dé origen con tan aparente facilidad a una sociedad, que en los últimos dieciocho años ha demostrado ser mucho más abierta y tolerante de lo que era, por lo menos, en las décadas de los cuarenta y los cincuenta?

Se ha dicho que "*una socialización exitosa es aquella que maximiza con eficacia los intereses del individuo, en lugar de hacerle conformarse a unas normas convencionales*"³⁰. El franquismo nunca respondió más que a los intereses de una parte cada vez más minoritaria de la población. Pero al cambiar la sociedad, sobre todo desde los años 60, y hacerse más clasista y menos estamental, el propio sistema y los valores que propugnaba dejaron progresivamente de ser funcionales, incluso para aquellos a quienes favoreció originalmente. Los principios legitimadores tenían que ser ya forzosamente otros, y —no por casualidad— similares a los de los restantes pueblos de la Europa occidental³¹.

30. Véase, por ejemplo, Sears, D. O., "The Development of Political Attitudes in Children", *Harvard Educational Review*, nº 38, 1968.

31. Véase por ejemplo, Cazorla, J., "La cultura política en España", en *España: Sociedad y Política*, (coord. por S. Giner), Espasa-Calpe, Madrid, 1990, cap. 8.

Como irónicamente ha señalado Giner, *“aquel régimen, que dispuso de cuatro decenios para realizarse, vio metamorfosearse la sociedad por él dominada en lo contrario de lo programado. El austero pueblo de frailes y soldados sucumbió sin resistencia digna de mención a las atolondradas tentaciones de la vida moderna, en cuanto estas, andando el tiempo, se le pusieron a tiro”*³².

Es cierto. Pero no lo es menos que el fascismo, especialmente ante momentos de crisis, como el actual, se apresta a lanzar nuevos embates, bajo formas más o menos solapadas de xenofobia, rechazo a “los otros”, y sobre todo desprecio hacia los más débiles. Igualmente intenta desprestigiar una y otra vez los Parlamentos y los sistemas democráticos. Por supuesto, hay que poner al descubierto sus defectos y corregirlos, pero en ningún caso serán el elitismo o el autoritarismo los que vengan a sustituirlos. Quienes aguantamos durante muchos años un régimen en que se nos negaban las libertades, no sólo no lo podemos olvidar, sino que tenemos la obligación moral de mantener vivo ese recuerdo ante los demás.

El corolario de todo esto no es exactamente que cualquier tiempo pasado fue peor, pero sí que el sólido conjunto de esperanzas que los españoles hemos sabido crear, nos permiten contemplar por contraste nuestro futuro con más confianza que nunca. En ese futuro, el papel de la juventud es decisivo.

Terminaré con una conocida frase de Abraham Lincoln, muy aplicable a cualquier época y lugar, y en particular a las

32. Giner, S., “Ya no vuelve el español donde solía”, en *Nuevas Letras*, Almería, 1985.

reflexiones que hasta aquí han tenido la amabilidad de sopor-tarme: *“Se puede engañar a una parte del pueblo todo el tiempo, o a todo el pueblo parte del tiempo; pero no se puede engañar a todo el pueblo todo el tiempo”*.

Muchas gracias por su atención.